

Shaktarha,

DE LUNA Y DE SOL



ISABEL FORGA

Shaktarha, de Luna y de Sol
Primera edición, año 2017
© de la obra Isabel Forga
isabelforga@hotmail.com

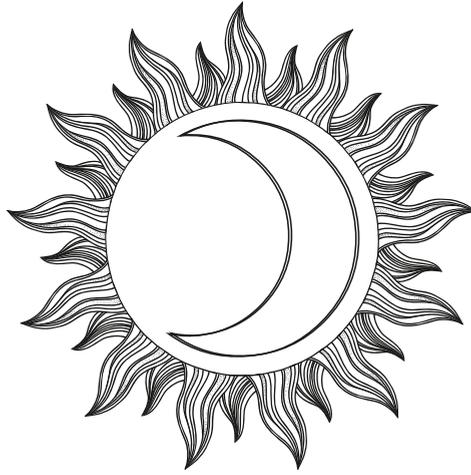
Edita: www.mundopalabras.es
contacto@mundopalabras.es
Tel: 615 24 69 32 944 06 37 46

ISBN: 978-84-946609-5-5
Depósito legal: BI-283-2017

Diseño de cubierta: mundopalabras.es

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*A los sinceros ojos verdes
que han observado todos los senderos
en el desarrollo de esta historia*



Parte I

La luz de luna con su brillo sereno fue refugio para la diosa noche. Y en su camino sabio, sus pasos de plata se cruzaron con el fulgor intenso del día hasta que eco y silencio devinieron uno solo. Antes del inicio de los tiempos, noche y día dividieron su espacio, se otorgaron mutuamente privilegios y entendieron el valor de su presencia. No hubo lucha. Luz y sombra se unieron en su propia disparidad. Shak y Tarh asumieron su inherencia como el ave asume sus alas. Después, llegó el ser humano, amante de conflictos.

Capítulo 1



Zykbar

Palacio de Luna, Shakhak, Región de Luna

El silencio cubría la fría mañana. Erguido frente al gran ventanal, Olghar contemplaba el fin de la noche, hasta que se vio obligado a entornar sus claros ojos y desviar la mirada ante el naciente resplandor que invadía su reino. Durante las largas horas de sombras, había observado el ir y venir de sus gentes bajo la tenue luz plateada que la luna les regalaba, pero poco antes de la aparición del astro dorado todos se habían ido retirando paulatinamente a sus hogares. Una gran serenidad se había extendido por las calles de Shakhak.

Shohersem, también llamado río de la Noche Azul, y principal fuente de vida de la ciudad, fluía con paso suave a través de luz y oscuridad. Su imperturbable constancia sosegaba el ánimo del príncipe, que solía acompañar con la mirada las tranquilas aguas desde la alta torre del Palacio de Luna. Sus aposentos se encontraban en el punto más elevado de la capital del reino y eso le permitía, antes de que el día se alzara tras las lejanas montañas de Shakadel, recorrer con la vista cada rincón para elaborar planes y sembrar sueños que vertieran prosperidad sobre su pueblo. Observaba a los artesanos, que se esforzaban por intercambiar sus productos en la Explanada de Zalghea, y a los más jóvenes en su entrar y salir del hogar escuela, al tiempo que sus familias cultivaban las tierras de la región. No podía permitir que aquel bienestar se destruyera bajo manos que se creían enemigas.

Más que nunca, Olghar se sentía responsable del reino de la Región de Luna. Hacía más de diez estaciones que él gobernaba en lugar de su doliente padre, cuya mente había empezado a divagar hacia dominios inciertos. Aun

cuando el pueblo, ignorante de esa situación, seguía aclamando al sabio monarca que le había proporcionado armonía y prosperidad, Olghar sabía que la paz podía quebrarse en cualquier momento.

De pronto, un solo golpe en la puerta, como era tradición, lo arrancó de sus reflexiones.

—Adelante —pronunció con voz firme sin apartarse del ventanal.

La puerta, adornada por dos grandes lunas nacaradas, se abrió para dar paso a una joven con el rostro cubierto por un sutil velo que permitía ver únicamente sus ojos de un negro profundo. Antes de dirigirse a él, la mujer observó durante unos segundos la alta figura del soberano en su atuendo informal, que consistía aquella mañana en camisa blanca de manga ancha sobre pantalón gris claro, sin casaca ni cinturón, y botas bajas. No era usual que solicitara la presencia de nadie al amanecer, pues era la hora en que solía retirarse a descansar, sobre todo porque acababa de regresar de un agotador viaje desde la tierra de Sol.

—¿Me mandaste llamar, mi señor? —se decidió a preguntar.

—Sí —respondió el príncipe, dándose la vuelta despacio—. Necesito tu ayuda.

La inquietud se hizo evidente en la expresiva mirada de la mujer, que ella clavó sin timidez en los ojos grises del hombre de Luna.

—¿Algún problema en tu viaje?

—Yo estoy bien, no te preocupes —contestó él con una fugaz sonrisa.

Ella asintió con la cabeza en una especie de reverencia y Olghar prosiguió:

—Quiero pedirte que te encargues de una joven que se encuentra muy débil. La hallé en mi camino de regreso de la Región de Sol, cerca de Tarhhak. No sé cómo ha sobrevivido al largo viaje desde allí, pero es necesario que la salves. Por favor, quédate junto a ella noche y día.

—¿Un caso especial? —preguntó la sanadora.

El príncipe la miró con seriedad antes de responder:

—Muy especial.

Se hizo un corto silencio y, después, la suave voz llegó una vez más a Olghar a través del velo:

—¿Puedo preguntar de quién se trata? ¿Sabes algo de ella?

El príncipe de Luna se llevó la mano a la frente para apartar un largo mechón de rubio, casi blanquecino cabello, y pareció dudar un momento.

—Ignoro su nombre y su circunstancia —respondió al fin—, pero cuando la veas entenderás mis palabras.

Un paraje olvidado, Región de Luna.

Una estación atrás.

Una velada luna de argento intentaba alumbrar el camino en la larga noche. La joven, acostumbrada a la oscuridad y a las sombras, avanzaba por el sendero sin dificultad. Había permanecido junto al lago de los reflejos algún tiempo, como solía hacer, persiguiendo con la mirada los débiles rayos plateados que jugaban sobre el agua. Así lo llamaba ella, aunque en realidad no sabía si aquel pequeño lago perdido en la espesura tenía ya un nombre. En sus pensamientos, abrazaba aquella soledad con la devoción sincera de quien accede a un santuario en busca de respuestas. El silencio del bosque nocturno le otorgaba una paz que su existencia le había negado demasiadas veces.

El camino que llevaba a la oculta cabaña serpenteaba suavemente, trazando familiares curvas bajo sus pies desnudos. Lo había recorrido cada noche durante numerosas estaciones y sabía que sería capaz de hacerlo con los ojos cerrados, pero los mantuvo abiertos con el fin de disfrutar las siluetas dormidas de los árboles que acompañaban sus pasos. Había sido mucho más fácil habituarse a aquel aislamiento que a la lucha constante que había enfrentado durante su infancia. Allí, al menos, nadie la hostigaba. Era una libertad extraña, pero tal vez la única posible.

Continuó andando entre pensamientos, como era su costumbre, consciente de los sonidos y silencios del bosque que tan bien conocía. Eran las formas tranquilas de la noche de Luna, así como el ligero rumor del viento, la única compañía que deseaba, la única que disfrutaba durante sus largos paseos por aquel paraje perdido en un mundo de sombras. Aquella tierra solitaria y oscura se había convertido en lo más cercano a un hogar donde ocultarse de

las hirientes miradas que arrastraban la desgracia consigo. *Shak, ne moghay sou naru khe naragh*, dijo con voz sonora, rompiendo el silencio para invocar la protección del dios en el antiguo idioma, como había aprendido a hacer a partir de los viejos textos sagrados. Las místicas palabras pronunciadas en la oscuridad parecían otorgarle un poder infinito y le gustaba lanzarlas de vez en cuando al aire nocturno. Después se detenía siempre un momento a observar el cielo, como si esperara alguna reacción inmediata en el blanco resplandor que lo coronaba.

Aquella noche, sin embargo, las palabras sagradas no ofrecieron la protección deseada. Tras una vuelta del camino, sus sentidos la obligaron a detenerse de pronto. Tardó sólo unos segundos en comprender la razón de su repentina inquietud. Los inusuales perfiles en movimiento que se dibujaban en la lejanía no pertenecían a la noche de su secreto territorio olvidado. Algo amenazaba la calma de sus caminos. Aguzó la vista hasta que pudo distinguir una hilera de siluetas que marchaba hacia ella con paso lento pero firme. Con gran agilidad, se apartó de la vereda e inició un rápido ascenso por la loma para obtener una perspectiva más precisa de los que se habían atrevido a adentrarse en aquel sombrío lugar. No había visto a un ser humano que no llevara su propia sangre desde la última visita de Daqhan, durante la estación de agua. Y no tenía un buen recuerdo de aquel tiempo.

Desde la cima del monte pudo percibir las armaduras doradas que lanzaban destellos a través de la noche y su corazón se contrajo. Enseguida intuyó que algún infortunio se aproximaba. Permaneció inmóvil durante unos instantes, aunque los soldados se encontraban todavía lejos y sabía que no serían capaces de divisarla en la oscuridad. Tomó aliento antes de emprender la carrera hacia la cabaña, sacudió la cabeza con violencia intentado deshacerse de los funestos pensamientos que la invadían y, sin más titubeos, se precipitó colina abajo hasta alcanzar el sendero de nuevo. No obstante, poco después le pareció más prudente apartarse de él y deslizarse entre los árboles. No temía extraviarse porque conocía a la perfección aquel bosque, pero era consciente de que la penumbra podía ser traicionera, así que agudizó sus sentidos al máximo al apresurarse a través de una negrura cada vez más densa.

Una rama inesperada le golpeó la cara, causándole un momentáneo desconcierto, pero siguió adelante sin dudar. Concentrada en sus propios

pasos, continuó avanzando durante algún tiempo, sin perder en ningún momento su camino, hasta que, de pronto, un centelleo a su izquierda le llamó la atención y dirigió su mirada hacia la profundidad del bosque mientras aminoraba el paso con cierta cautela. Podía sentir la palpitante presencia del ser que la observaba a poca distancia. Al fin se detuvo por completo. Unos brillantes ojos verdes estaban clavados en ella con la intensidad que sólo un felino sabe irradiar.



Cabaña del paraje olvidado

La preocupación se había apoderado de la mujer desde hacía largo rato y cada objeto que tomaba caía inevitablemente de sus manos aumentando aún más su intranquilidad.

—Ayan, ¿has visto la daga dorada?

El niño de lacio cabello rubio miró a su alterada madre.

—Shakbaah se la llevó.

La mujer negó repetidas veces con la cabeza antes de decir:

—Sus paseos se están haciendo más largos. Tarda demasiado tiempo en volver. Tendré que hablar con ella.

Ayan no respondió. A pesar de su corta edad, había aprendido a permanecer callado cuando su madre se mostraba tan nerviosa y así se evitaba reprimendas innecesarias. Durante la hora siguiente, Neishah caminó con evidente angustia de un lado a otro de la pequeña estancia y se asomó un sinnúmero de veces por la ventana. Un incipiente sol había empezado a aparecer en el horizonte.

En aquel momento, la puerta de la cabaña se abrió de golpe y una adolescente de estilizada figura entró con un pequeño gato en los brazos.

—Madre... —empezó a decir, pero fue interrumpida de inmediato.

—Shakbaah, ¿dónde pasas todo este tiempo?

Neishah miró entonces los pies de la joven y añadió:

—¿Otra vez descalza? Me vas a matar de angustia... ¿y qué traes ahí?

—Madre —insistió la joven—, he visto soldados de Sol en el camino.

Ante las palabras de su hija, el pálido rostro de la mujer se iluminó por un momento para después ensombrecerse de nuevo con una mueca de ansiedad.

—¿Daqhan?

—No pude distinguirlos, pero llevaban armaduras doradas. Seguro que está con ellos.

Ayan observaba a su madre y a su hermana sin decir nada, pero sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. Tampoco el niño había olvidado la última visita del soldado.

—Está bien, hija. Él prometió que iba a volver.

Los ojos de la joven, de un azul demasiado oscuro para una mujer de Luna, se abrieron al máximo.

—¿Y quieres que vuelva? ¿Ya se te olvidó cómo se comportó la última vez?

Neishah notó que sus manos empezaban a temblar, pero se limitó a decir:

—¿Y qué podemos hacer? Se quedará sólo unas noches y luego se irá de nuevo.

Mientras hablaban, el pequeño felino se retorció en las manos de la muchacha y logró morderlas varias veces, pero Shakbaah no pareció inmutarse. Estaba demasiado inmersa en la conversación con su madre.

—Lo admitiste la primera vez porque te recordaba a mi padre.

Enseguida la joven se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras. Sabía que aun después de tanto tiempo cualquier mención sobre su padre afectaba profundamente a la mujer de Luna. Al sentir que sus ojos empezaban a llenarse de inevitables lágrimas, Neishah se dio la vuelta.

—Tu padre era muy distinto —replicó con voz temblorosa.

—Precisamente, madre.

—Pero Daqhan no era así al principio. Era amable conmigo —se justificó Neishah.

Shakbaah no quiso seguir torturando a su madre y guardó silencio. Ayan se había acercado a ella y estaba intentando acariciar al animal.

—Cuidado, es fiero —le advirtió su hermana mostrándole las manos llenas de arañazos—. Lo encontré en el bosque, ¿podemos quedarnos con él? —añadió dirigiéndose a su madre.

La mujer se volvió de nuevo hacia ellos y se acercó enjugándose la cara con su vestido algo raído. El animal que su hija sostenía parecía tener tan

sólo unos pocos meses, pero sus rasgos resultaban inequívocos. Era de un color dorado con rayas en la cara y manchas en el lomo. Sus patas, sin embargo, eran absolutamente negras en su parte inferior y en las delanteras el pelaje oscuro se extendía hasta dar la impresión de que llevaba guantes. Su cola parecía más larga de lo habitual.

—¡Por Shak! No es un gatito cualquiera. ¿Estás segura de que estaba solo?

—Completamente solo —respondió la joven, sorprendida ante las palabras de su madre—. ¿Qué ocurre?

—Es un gato zykbar y lo último que queremos es que su madre venga a buscarlo.

—¿Por qué? —preguntó Shakbaah desconcertada.

—Porque esos gatos son salvajes y de gran tamaño, como pequeños leopardos. Son muy poco comunes. No sé de dónde habrá salido, pero no podemos tener a esa fiera aquí.

Shakbaah observó al animal, que no paraba de lanzarle pequeños zarpazos.

—La verdad es que sí es un poco salvaje —admitió con una rápida mirada a sus lastimadas manos—, pero está solo.

Neishah sacudió la cabeza con desesperación ante la obstinación de su hija y explicó:

—Esos animales no se pueden domar ni mantener encerrados, pero si lo alimentas tal vez vuelva contigo de vez en cuando. Sólo espero que su madre no aparezca.

Los claros ojos del niño se iluminaron casi tanto como los de su hermana cuando ésta lo apremió:

—¿Has oído, Ayan? Corre, trae algunas sobras. Seguro que está hambriento.

Todos sabían que en aquel hogar no sobraba la comida, pero Neishah no quiso empañar la presente alegría de sus hijos ante un futuro tan incierto como el que se cernía sobre ellos.

—¿Cómo dices que se llama? —preguntó Shakbaah.

—Es un gato zykbar.

—Así lo llamaré entonces. Zykbar —decidió la joven con firmeza.



La tensión estuvo latente en la cabaña durante las horas siguientes, a pesar de que ningún guerrero de Sol apareció. Shakbaah deseaba con fervor salir a revisar los caminos, pero temía dejar a su madre y a Ayan solos a merced de los posibles soldados, así que se contuvo y permaneció junto a ellos hasta que el sol volvió a ponerse. En la Región de Luna, el sol brillaba tan sólo unas pocas horas al día y el resto del tiempo estaba dominado por la noche. No obstante, los habitantes de la región estaban habituados a la oscuridad y el sol más bien tendía a cegarlos y a dañar su pálida piel. Mientras la luz estaba presente, solían permanecer en sus casas para salir de nuevo cuando la luna volvía a reinar.

Zykbar había comido algo más que restos y ya había afilado sus pequeñas garras en algunos de los pocos muebles que poseían.

—Hay que sacar a este animal de aquí antes de que lo destruya todo —se quejó Neishah.

Shakbaah sonrió.

—Tienes que admitir que tiene mucho mejor aspecto ahora que está aseado y bien alimentado —dijo.

La joven sabía que su madre estaba tan inquieta como ella y trató de distraerla con sus comentarios sobre Zykbar. Cada pocos minutos, Neishah se asomaba a la pequeña ventana de la cabaña.

—Tal vez no venga —expresó la mujer al fin.

Shakbaah fingió estar de acuerdo con ella para intentar tranquilizarla, pero la verdad era que tenía un mal presentimiento.

—Ya hace muchas horas que los viste, seguramente se desviaron hacia otro lugar. Quizá Daqhan no esté con ellos —continuó Neishah.

Shakbaah asintió con la cabeza antes de decir:

—Debería salir a ver si los caminos están libres.

Neishah, que parecía haber empezado a calmarse, se alteró de nuevo ante las palabras de su hija.

—¿Quieres matarme de preocupación? No se te ocurra salir ahora. Mejor encárgate de la lección de Ayan.

La mujer de Luna había enseñado a leer a sus dos hijos a partir de algunos libros viejos que había conseguido en una aldea próxima, y también solía impartirles clases sobre temas diversos. Ella sabía leer desde muy temprana edad, pues su abuelo materno era un hombre instruido, que

conocía incluso el antiguo idioma de Luna, y le había proporcionado una educación bastante sólida. Por desgracia, sus estudios se interrumpieron cuando su familia se mudó al pequeño pueblo del que tiempo después se vio obligada a huir en trágicas circunstancias. A pesar de vivir en total aislamiento, Neishah no quería que sus hijos se criaran como salvajes, pero ya habían leído y releído tantas veces los pocos textos que poseían que las lecciones se habían convertido en una tediosa tarea. En realidad, había sido una gran suerte encontrar aquellos libros porque todos los escribas vivían en la ciudad de Shakhak y no era fácil que las laboriosas copias de los textos sagrados de Luna llegaran a las pequeñas aldeas, así que no tenían más remedio que conformarse con las mismas historias de dioses y reyes. Ayan suspiró sonoramente ante la idea de dejar de perseguir a Zykbar por toda la cabaña para emprender la lectura.

Las horas posteriores se desarrollaron con normalidad y, por fin, Shakbaah convenció a su madre para que la dejara salir. Cogió la daga y se dirigió a la puerta.

—¿Es necesario que te lleves eso? —preguntó Neishah.

—Es por protección y, además, si logro cazar algo, tendremos carne.

Neishah se desplazaba de vez en cuando al poblado más cercano y canjeaba algunos huevos de las pocas gallinas que les quedaban. También trataba de intercambiar algunas prendas que tejía por alimento y por nuevos hilos para seguir tejiendo, pero era cierto que en aquella cabaña no se consumía carne con la frecuencia deseada. Shakbaah odiaba matar animales, pero sabía que Ayan estaba en edad de crecimiento, así que algunas veces lograba cazar algún conejo para que el niño pudiera comer algo más que hortalizas. La verdad era que había desarrollado una gran habilidad para lanzar el puñal. Aquella daga con un pequeño sol grabado en la empuñadura era lo único que conservaba de su padre, además de los recuerdos.

Una vez fuera de la cabaña, Shakbaah caminó por el sendero con gran cautela y enseguida optó por ascender hasta la cima de la colina para obtener una vista general de los alrededores. Aun cuando sus ojos no pertenecían enteramente a la raza de Luna, gozaba de una aguda visión nocturna. Tenía además la ventaja de soportar la luz del día mucho mejor que los demás habitantes de la región. Su piel no era tostada como la de la raza de Sol, pero

tenía un ligero tono cobrizo que los rayos de sol no dañaban con facilidad, y su cabello era de color castaño, aunque adornado con algunas vetas más claras que le caían de forma lacia sobre los hombros. Solía peinarlo tras la oreja derecha, mientras que los mechones del lado izquierdo le cubrían la otra oreja, dañada desde su infancia. Shakbaah no llevaba aros que colgaran de los lóbulos ni cartílagos de las orejas, como su madre y la mayoría de las mujeres de Luna. El padre de Ayan le había forjado un revestimiento de plata que le tapaba la parte afectada y que ella sólo se quitaba para limpiarlo hasta que quedaba reluciente.

La joven había heredado la alta estatura de la raza de Luna y la fuerza muscular de la raza de Sol, por lo que podía correr a gran velocidad y solía hacerlo como ejercicio o cuando necesitaba perseguir a algún animal. No le costó mucho alcanzar la cima de la colina. Desde allí, todo parecía tranquilo. Los caminos y veredas estaban desiertos. No había rastro de armaduras doradas ni de peregrinos extraviados. Eso la tranquilizó y pensó que su madre tal vez tenía razón y aquellos hombres tan sólo habían pasado por allí en dirección a otro lugar. De todas formas, en aquella ocasión decidió regresar a la cabaña y no permanecer en el exterior varias horas, como solía hacer. Neishah siempre se preguntaba en qué podía su hija entretenerse tanto tiempo por los caminos, pero Shakbaah necesitaba aquellas horas de completa soledad, durante las que se dedicaba a correr, a cazar o a sentarse junto al lago a observar las estrellas. Ya no se imaginaba, como había hecho tiempo atrás, cómo sería volver a vivir en sociedad, pero sí soñaba con partir una noche hacia algún lugar lejano, a través de los bosques, donde su aspecto o su origen no fueran importantes.

Durante el camino de regreso la joven se sintió más calmada. Sus paseos nocturnos siempre la relajaban y le proporcionaban una paz que nunca había sabido explicar, aunque aquella noche su único objetivo había sido escudriñar los caminos. Pensó que también Neishah se tranquilizaría cuando supiera que los alrededores estaban libres de soldados, de manera que podrían retomar sus actividades y olvidar el asunto. Sin embargo, al acercarse a la cabaña una sensación de angustia la sobrecogió. Zykbar estaba fuera, con el lomo totalmente arqueado y así permaneció cuando ella llegó con sigilo junto a él. Empuñando su daga, Shakbaah se aproximó a

la ventana y miró con precaución hacia el interior de la pequeña vivienda. Enseguida el pulso se le aceleró y un gran desasosiego se apoderó de todo su ser. Daqhan, con su oscuro uniforme y su sonrisa ladeada, estaba sentado a la mesa junto a su madre y su hermano. Sin pensarlo dos veces y con el puñal aún en la mano, la joven abrió la puerta, pero permaneció en el umbral.

—Hija, entra —la animó Neishah—. Mira, Daqhan nos ha traído manjares que no habíamos probado en largo tiempo. Siéntate con nosotros.

Shakbaah no se movió.

—No tengo hambre —dijo.

El soldado la observó de pies a cabeza. A través del sencillo pantalón y la blusa que vestía se adivinaba su esbelta figura.

—Vaya, vaya —empezó con su marcado acento de Sol y una amplia sonrisa—. Tu hija ya no es una niña y se está poniendo muy... hermosa.

La muchacha sintió gran repulsión ante la mirada lasciva de aquel hombre.

—Todavía no ha cumplido las cincuenta estaciones —le recordó Neishah con tono nervioso.

—¿Y cuánto es eso? ¿Dieciséis, diecisiete años? —preguntó Daqhan intentando calcular a partir de la forma en la que las personas de Luna contaban los años.

Neishah se quedó callada.

—Es edad suficiente —añadió entonces el soldado y sus oscuros ojos brillaron bajo la tenue luz de la vela que iluminaba la estancia.

Capítulo 2



Daqhan

Abrió Kerhaag sus cien brazos de hielo azul para tomar al infante. Observó el gélido rostro una vez más, tratando de ignorar la agonía que consumía cada rincón de su ser. Y supo que aquel niño no sería el último. También comprendió que sería odiado e injuriado por ello, pero las voces ancestrales habían sido muy claras.

«Tu propio hijo será el primero para que entiendas el dolor extremo que tu misión engendra antes de que cierres los ojos al sufrimiento humano. Almas jóvenes y viejas, nobles e infames cruzarán en tus brazos el umbral temido. Sólo algunos asumirán la dimensión necesaria y el miedo los abandonará».

Alzó entonces la mirada y Kerhaaghur, el Umbral de la Muerte, se mostró ante él.



Shakbaah había leído los antiguos textos de Luna demasiadas veces y, en aquellos momentos, «Kerhaaghur» fue la palabra que acudió a su mente. Si hubiera sabido lo que su camino le deparaba, tal vez no se habría precipitado a calificar la situación así todavía, pero en aquella circunstancia no encontraba en su interior una forma más adecuada de describir los insoportables días y noches en compañía del soldado de Sol.

Daqhan se había instalado en la cabaña y compartía la cama con Neishah. Por suerte, dormía hasta la salida del sol, pero cuando estaba despierto se dedicaba a molestar a Ayan o a perseguir a Shakbaah entre desagradables comentarios. La mujer de Luna y sus hijos se habían visto obligados a alterar sus acostumbrados horarios de sueño diurno para adecuarlos a los del soldado. La joven solía perderse en sus paseos algunos ratos, aun con la gran inquietud que la invadía al dejar a su madre y a su hermanito solos con aquel

salvaje. Estaba segura de que tampoco a Neishah le agradaba en absoluto su presencia, aunque la mujer tratara de disimular su disgusto ante sus hijos.

—Madre —susurró una noche poco antes del amanecer, mientras Daqhan dormía—. Tenemos que hacer algo.

Neishah abrió los ojos con asombro y alarma.

—No puedo soportarlo más y sé que Ayan tampoco —insistió la joven.

—Quizá se vaya pronto —dijo su madre en voz muy baja.

—Deberíamos deshacernos de él de alguna forma.

Los ojos de Neishah se abrieron más ampliamente todavía.

—¿Deshacernos? ¿Qué quieres decir?

Shakbaah no sabía cómo explicárselo a su madre, pero algo en su interior le decía que aquel hombre les traería grandes desgracias si no lograban arrancarlo de sus vidas de una vez por todas. Estaba dispuesta a proponerle que huyeran de aquel lugar a escondidas con tal de dejarlo en su pasado. Tal y como su hija le había comentado, Neishah había sucumbido ante los encantos del soldado al principio porque le recordaba al padre de Shakbaah, cuya trágica muerte había dejado en su vida un vacío que nunca más había sabido llenar. Al conocer a Daqhan con su armadura dorada y sus oscuros rasgos, los recuerdos habían tomado posesión de la mujer y le había permitido entrar en su vida de una forma que ahora lamentaba más de lo que en realidad expresaba. Era cierto que aquel hombre en nada se parecía a Jaqhdir.

Ayan había sido engendrado con un hombre de Luna que había aparecido algún tiempo después de la tragedia y desaparecido tan rápido que apenas podía ninguna de las dos recordar bien su cara. En cuanto a su nombre, las dos lo guardaban en la memoria como Kurm. Shakbaah sabía que su madre necesitaba la compañía de los hombres para sentirse querida y segura, pero era evidente que Daqhan no era conveniente para ella ni para ninguno de ellos, aunque hubiera sido amable al principio.

De pronto, la voz del soldado las sobresaltó.

—¡Ayan! ¡Trae mis botas!

El niño miró a su hermana con aire suplicante. Ya sabía que Daqhan encontraría alguna excusa para molestarlo cuando le llevara lo que estaba pidiendo. Shakbaah, que entendió la situación de inmediato, cogió las botas, se acercó a la vieja cortina que separaba el lecho de su madre del resto de la cabaña y arrojó el sucio calzado por debajo.

—¡Pero qué...! —empezó a proferir el hombre de Sol mientras descorría la cortina con furia.

—Ayan está ocupado con su lección. Yo te he traído tus botas —explicó Shakbaah con tono desafiante.

—Ayan debería venir cuando lo llamo. ¿Lección? Lo que ese niño necesita es un hombre que le enseñe disciplina —respondió Daqhan claramente disgustado.

La joven no respondió al comentario. Se limitó a señalar las botas con un gesto y a decir:

—Ahí tienes lo que querías.

El hombre se puso sus botas y se dirigió a Neishah, que estaba sentada junto a Ayan con un libro en la mano.

—No me gusta el tono que emplea tu hija. Esa muchacha necesita unos buenos azotes... o tal vez otra cosa.

Neishah lo miró con una dura expresión a la que el soldado no estaba acostumbrado.

—De todos modos, eso no importa ahora. Todo va a cambiar. Tengo planes para nosotros —añadió el hombre.

Al oír la palabra «nosotros», Shakbaah sintió que el miedo la dominaba. No era el tipo de miedo que le aceleraba el pulso, como cuando encontraba un animal salvaje en el camino, sino un terror que le heló la sangre.

—Vendrás conmigo —continuó Daqhan— y serás mi mujer.

La muchacha vio que su madre estaba tan asustada como ella. Ayan tan sólo contemplaba la escena atónito.

—Pero eso no es posible..., soy una mujer de Luna. ¿Y... mis hijos? —balbuceó Neishah.

Daqhan esbozó una péfida sonrisa.

—No es problema. Nos llevaremos a tus hijos. También tengo planes para ellos.

Neishah sabía muy bien que ella no podía ser la esposa de un hombre de Sol. Ya había pasado por esa experiencia y no estaba dispuesta a repetirla. También sabía que su hija debía esconderse de todos por su propia seguridad. Además, por el padre de Shakbaah ella había decidido enfrentar al mundo entero, pero no por un hombre como Daqhan.

—No puede ser. No podemos ir contigo —replicó, y enseguida advirtió la ira en los ojos del soldado.

No obstante, el hombre de Sol no perdió el control. La miró con gran seriedad primero y, luego, le dirigió una helada sonrisa que provocó un escalofrío en el cuerpo de Neishah.

—Ya veremos —fue su única respuesta.

Después, se dirigió a la puerta de la cabaña y salió sin más explicaciones.



Durante las horas siguientes, Shakbaah intentó convencer a su madre de que debían huir, pero la mujer se mostraba reacia a abandonarlo todo.

—Madre, sólo es una cabaña.

Neishah negó con la cabeza de manera rotunda.

—¿Ya has olvidado cómo fue la última vez? ¿Quieres correr toda tu vida como una criminal?

—Prefiero correr a volver a ver su cara. Por favor, madre —insistió Shakbaah en vano.

Neishah ya no era tan joven y estaba cansada de esconderse. Era verdad que no poseían nada, ni siquiera aquella cabaña que habían, en realidad, encontrado medio derruida en el bosque, pero no había olvidado lo que era vagar por los caminos sin un techo, sin alimento que llevarse a la boca. Tal vez Shakbaah no lo recordaba con tanta claridad como ella. No, no deseaba exponer a su hijo a una situación así, como había tenido que hacer con su hija antes.

—A lo mejor ya no vuelve. ¿Quieres que dejemos nuestra casa por un «por si acaso»? ¿Crees que no nos encontraría si quisiera? Además, ¿adónde podemos ir? —continuó objetando la mujer de Luna.

Para Shakbaah ese «por si acaso» significaba una incertidumbre insopportable. Incluso si no regresaba en las próximas noches, eso no era garantía de que no lo hiciera en cualquier momento posterior.

—Lejos, madre, lo más lejos que podamos.

Ayan se mantuvo callado y se dedicó a buscar a Zykbar desde la entrada de la pequeña vivienda. Daqhan no quería que el gato permaneciera dentro y tampoco el animal se mostraba tranquilo cuando el soldado de Sol estaba

presente, así que tan sólo aparecía de vez en cuando en busca de ese plato de comida al que ya se estaba acostumbrando.

—¿Qué nos detiene? —volvió a insistir la joven.

Neishah se llevó las manos a la cara con desesperación.

—¿Y luego qué? ¿Esperaríamos hasta que surja otra razón para volver a huir? Recuerda las dificultades que pasamos y que casi nos llevan a cruzar el Umbral de la Muerte.

Shakbaah sacudió la cabeza con vehemencia. Sabía que su madre se escondía del mundo por su causa.

—No lo he olvidado, pero ahora sería diferente. Ya no soy una niña y puedo protegeros a ti y a Ayan —dijo mostrando la daga de su padre.

Finalmente, tras largas discusiones, permanecieron en la cabaña con la esperanza de que Daqhan no regresara. La luna se escondió tres veces y un leve optimismo empezó a nacer en madre e hija. Sin embargo, después de la tercera noche, la ilusión de recobrar el control de sus vidas se vio brusca-mente truncada. El hombre de Sol volvió y no lo hizo solo. En esta ocasión otro soldado venía con él. Entraron en la vivienda cuando el astro dorado brillaba con fuerza en el cielo, interrumpiendo el intranquilo sueño de sus habitantes, y abrieron las contraventanas de madera para que la luz les brindara ventaja sobre sus ojos de Luna.

Neishah se levantó sobresaltada, ataviada con un simple blusón blanco, mientras trataba de buscar algo con que cubrirse ante la mirada del extraño que acompañaba a Daqhan. La incómoda luz la cegó de pronto y se quedó inmóvil, sin poder reaccionar. Shakbaah, que dormitaba cerca de su hermano, también se alzó de prisa y dejó que el desconcertado niño se escondiera tras ella. Sus ojos se acostumbraron a la luz con bastante rapidez y se alegró de estar al menos más vestida que su madre, aunque fuera con la camisa y pantalones holgados que usaba para dormir.

—Espero que hayas cambiado de opinión, Neishah, para que todo sea más fácil.

Las palabras de Daqhan volvieron a helar la sangre en las venas de Shakbaah, que instintivamente llevó su mano al puñal que había conservado junto a ella desde que el hombre se había ido.

—¿Estás dispuesta a venir conmigo? Te di tiempo suficiente para recoger tus cosas —insistió Daqhan, alzando cada vez más el tono.

La acostumbrada palidez de la mujer de Luna se intensificó todavía más. Intentó responder algo, pero las palabras no querían formarse en sus labios. Ayan corrió entonces hacia ella, temiendo que el hombre tratara de llevarse-la por la fuerza.

—Veo que tendré que usar otros métodos para que aprendas a obedecer —dijo el soldado con tono de fastidio y avanzó hacia Shakbaah—. Arún, vigíalos —añadió, dirigiéndose a su compañero mientras señalaba a la mujer y al niño.

Shakbaah sintió que la garganta se le secaba de pronto y una singular debilidad se asentaba en su estómago, consciente de que aquel momento iba a cambiarlo todo. Mostró el cuchillo de forma amenazante, dispuesta a cualquier acción al ver que el hombre se acercaba a ella con paso firme, pero con un rápido movimiento Daqhan se lo arrebató. Neishah lanzó un penetrante grito y abrazó a Ayan.

—Haré lo que quieras —dijo con la voz entrecortada—, pero deja a mi hija, por favor. ¡Déjala!

El soldado de Sol se detuvo un instante, cuchillo en mano, como si dudara sobre escuchar o no los ruegos de Neishah.

—Demasiado tarde—decidió al fin—. Le voy a enseñar algunas cosas que toda mujer debe saber y quizá eso la vuelva más dócil.

Cuando Daqhan tomó a Shakbaah por el cabello y la arrastró hacia el lecho oculto tras la cortina, Neishah estalló en un sonoro llanto y trató de abalanzarse hacia ellos, pero el otro soldado de Sol la detuvo de inmediato. Ayan también había empezado a llorar. El niño arrojó varios puntapiés al aire, intentando golpear al soldado que les impedía el paso, pero su madre lo sujetó.

—¡No lo hagas! ¡Daqhan, no! ¡Por favor! ¡No! —gritó Neishah entre desesperados sollozos.

Todo fue inútil. Madre e hijo oyeron los gritos de Shakbaah y la lucha que se desarrolló durante una eternidad detrás de la cortina. Escucharon los desesperados ruegos de la joven, seguidos de agudos lamentos, y Neishah creyó que no podría soportarlo, que se desplomaría sin vida a los pies del desconocido que la retenía si tenía que seguir oyendo aquellos gritos. Hubo después un silencio que fue aún más terrible y pareció extenderse durante momentos interminables. Finalmente, para sorpresa de todos, fue Daqhan quien profirió un aullido terrible y salió sujetándose la cara.

—¡Perra maldita!

Arún trató de ayudar a su amigo, pero Daqhan le señaló que se ocupara de vigilar a todos, mientras se dirigía al barril de agua y sumergía la cabeza en él entre continuos gemidos. Shakbaah había salido ya de detrás de la cortina, con la ropa desgarrada y sujetando un ardiente leño que la chimenea había conservado desde la noche. Con mano temblorosa, trató de atacar también a Arún, pero éste le propinó un golpe en la mejilla que la arrojó con gran violencia contra la pared de madera y la dejó sin conocimiento.

—Vaya, y yo que pensaba divertirme también un rato con la muchacha... —declaró el hombre con desilusión mientras dirigía de nuevo su atención a Neishah y al niño, que trataban de acercarse a Shakbaah.

Después de sumergir su rostro varias veces en el agua, Daqhan se colocó un pañuelo en la quemadura con evidentes signos de dolor.

—¡Vámonos de este maldito lugar! —bramó furioso—. Agarra a la salvaje, yo me llevo a la mujer.

—¿Y el niño? —preguntó Arún.

—Déjalo, yo me encargo.

Las dos mujeres fueron arrastradas hacia una carreta que las esperaba a pocos metros de la cabaña. Shakbaah estaba todavía inconsciente y Neishah se retorció en un llanto de impotencia y angustia a los pies de los dos hombres, sobre todo al ver que Ayan había sido obligado a quedarse atrás, pese a sus intentos desesperados de seguir a su madre. Daqhan entró de nuevo en la cabaña y cerró la puerta tras de sí con un fuerte golpe que retumbó en el bosque como un tambor de muerte. Pronto, los gritos infantiles cesaron ante la incertidumbre de Neishah, que seguía debatiéndose sin descanso. Poco después, el hombre de Sol volvió a salir de la cabaña... sin el niño.

—¡Ayan! —gritó Neishah con la voz desgarrada por el dolor y la desesperación.

—No nos hacía falta. Habría sido un estorbo —dijo el soldado mirando el puñal ensangrentado, el mismo que le había arrebatado a Shakbaah—. Y esta daga de Sol estará mejor conmigo.

Neishah chilló desesperada, con el rostro desencajado. Trató de arrastrarse hacia la cabaña, pero Daqhan se lo impidió sujetándola por el cabello.

—¡Ayan! ¡Ayan! —repitió la desconsolada madre hasta que el mundo se tornó negro ante sus ojos.

La carreta era una construcción de madera con un doble portón en la parte trasera. Los dos soldados arrojaron a las mujeres desvanecidas al interior y aseguraron el portón con cadena y cerrojo.

—Yo conduciré —decidió Daqhan, mientras Arún montaba en su caballo dispuesto a cabalgar junto al carro.



Con el traqueteo del carro, Shakbaah no tardó en empezar a recobrar el sentido. Abrió los ojos despacio, totalmente aturdida, y lo primero que sintió fue un fuerte dolor de cabeza. Por un momento, su mente estuvo en blanco, aunque una sensación de desgracia la dominó enseguida. Intentó levantarse, a pesar del mareo que le sobrevino, y se descubrió encerrada junto a su desvanecida madre en aquel pequeño espacio. De inmediato, el pánico la invadió. El horror de la situación regresó a ella súbitamente. ¿Dónde estaban? ¿Qué había pasado? ¿Y Ayan? Un sinnúmero de dolorosas preguntas se amontonaron en su pensamiento y un miedo intenso la sobrecogió. Miró a su madre y quiso desterrar enseguida la idea de que estuviera muerta a sus pies. *Madre*, susurró, y advirtió con alivio que la mujer movía sus párpados. No había sangre en su ropa ni parecía estar herida. No obstante, no insistió en despertarla porque un potente sol se filtraba por las rendijas de las paredes de madera que las rodeaban y la joven sabía que eso sería una tortura para ella.

Shakbaah observó el reducido espacio en el que se encontraban y entendió que estaban siendo transportadas en algún tipo de vehículo que parecía una prisión. Se estremeció al recordar el peso de aquel salvaje sobre ella, el dolor y el coraje de la indigna invasión que había sufrido, y también el ardiente golpe que había logrado asestarle. No recordaba nada de lo sucedido después, pero sentía dolor en todo su cuerpo y pensó que la cabeza le iba a estallar en pedazos. Era un dolor externo y también interior, como si proviniera de sus propias entrañas. Sin embargo, lo que en realidad la consumía era la rabia, una ira creciente que había empezado a nacer en ella durante los días en que Daqhan se había instalado en la cabaña.

La joven intentó ponerse en pie, pero el techo era demasiado bajo y no le permitió alzarse del todo. Sobre sus rodillas revisó las paredes de madera de

su prisión en movimiento hasta encontrar una pequeña grieta para mirar al exterior. Cuando acercó el ojo, su primera reacción fue retroceder instintivamente al advertir la cercana presencia del otro soldado de Sol cabalgando junto a ellas. Su respiración se aceleró, pero contuvo cualquier tipo de exclamación y volvió a mirar. Tal y como había sospechado, eran prisioneras de aquellos hombres que las estaban transportando hacia algún lugar incierto. Daqhan no se veía por ninguna parte y Shakbaah dedujo que debía ser él quien conducía el carro.

En aquel momento, Neishah empezó a despertar.

—Ayan —susurró.

Shakbaah se acercó a ella.

—¿Dónde está Ayan? —le preguntó con tono suave.

—Ayan —repitió la mujer antes de abrir por completo los ojos—. ¿Qué es esto? ¿Dónde estamos? Mi hijo...

—Madre, ¿dónde está Ayan? ¿Tú sabes?

Neishah miró el rostro de su hija, cubierto de sangre seca, y la realidad la traspasó como un puñal en el pecho. De inmediato, las lágrimas se formaron en sus ojos.

—¿Qué ocurre? Dime, madre —insistió Shakbaah, mientras sentía el nudo que empezaba a atarse en su garganta.

—Él... él... lo hizo —logró decir la mujer entre sollozos.

—¿Qué hizo? ¿De qué hablas?

—Él... lo mató. Lo asesinó.

—¿A quién mató? ¿Qué estás diciendo? —gritó Shakbaah agarrando a su madre por los hombros.

—A mi hijo... a mi hijo... él lo mató —continuó Neishah sintiendo que las fuerzas la abandonaban de nuevo.

Shakbaah permaneció en silencio unos segundos intentando asumir el horror de las palabras que acaba de oír. *No, no, esto no está ocurriendo. No puede estar ocurriendo*, se repitió en su interior.

—¡Madre! —gritó zarandeando a la mujer de Luna, que había vuelto a caer en una especie de trance—. ¡Dime que no es verdad!

Pero Neishah ya no respondió. Shakbaah se dejó caer sobre el suelo de madera con la cara entre las manos. Un sudor frío le recorrió todo el cuerpo,

a pesar del sofocante sol que envolvía el carro, y sintió que iba a volver a desvanecerse. Se quedó así un tiempo eterno, infinito, imposible, y de repente, se irguió sobre sus rodillas lanzando un espantoso alarido. Cerró entonces los puños y comenzó a golpear las paredes de madera mientras continuaba gritando. Siguió y siguió hasta que sus manos empezaron a sangrar. Después se arrojó repetidas veces contra la puerta como un animal salvaje. Neishah sólo la observaba mientras temblaba y lloraba aterrorizada. De pronto, el carro se detuvo y unos instantes más tarde el portón se abrió. La silueta de Daqhan apareció ante los deslumbrados ojos de las prisioneras.